

UN CASO DE LIMITACIÓN DEL PODER REAL EN LA ESPAÑA MUSULMANA

En el libro *Antorcha de los Príncipes*¹, por Abubéquer de Tortosa², hay un capítulo³ titulado “Pláticas de sabios y santos con príncipes y sultanes”, en el cual se insertan varias anécdotas, la mayor parte de ellas conservadas por tradición, cuyo contenido, por lo general, consiste en la narración de casos en que sultanes y grandes dignatarios hubieron de dar oídos a crudas verdades, dichas frecuentemente en forma ruda y nada cortesana, por individuos de baja condición social. Por creer que, dada la índole del asunto y la circunstancia de referirse a un incidente ocurrido en España, podría ofrecer algún interés para los lectores de esta revista, me he decidido a publicar la siguiente versión del texto árabe de una de dichas anécdotas⁴.

Proponíase Almanzor, hijo de Abuámir, rey de Alandalus, adquirir unos terrenos pertenecientes a una fundación piadosa, dando él, a cambio, algo de más valor que los citados terrenos, y para ello hizo venir a su palacio a los alfaquíes.

Pero éstos dictaminaron que, con arreglo a ley, no era permitido lo que se pretendía.

Indignado el Sultán les envió a uno de sus ministros, hombre famoso por su carácter arrebatado y violento, el cual les increpó en estos términos:

1 *سراج الملوك*, ed. Cairo. 1319 hég., pág. 25 y siguientes.

2 *ابو بكر محمد بن محمد بن الوليد الفهري الطرطوشي*
4 1126 ó 1130.

3 Capítulo II. *مقامات العلماء والصالحين عند العمراء والسلاطين*

4 Página 29.

“—El Príncipe de los Creyentes os dice que sois unos maestros de maldades; gentes que tenéis por lícito arrebatar sus bienes al pueblo; que os coméis las haciendas de los huérfanos, cometiendo para ello todo linaje de desafueros; que aceptáis presentes por dejaros sobornar; que dejáis en la calle a los pleiteantes; que hacéis prevalecer la iniquidad; embrolladores de asuntos, que interpretáis acomodaticiamente los textos sagrados, para apoyar en ellos la satisfacción de vuestras concupiscencias y de vuestros odios y para adaptarlos a vuestro modo de ver las cosas.

”El Sultán —¡Dios lo glorifique!—, que desde hace tiempo está al tanto de vuestras prevaricaciones y de vuestro proceder desleal con las cosas que se os confían, aparta de ello la vista y lo tolera. y, sin embargo, ahora que le hizo falta que discurrierais alguna sutileza, para una necesidad suya y por una sola vez en toda su vida, no le habéis facilitado la solución que descaba... No es esto lo que él esperaba de vosotros.

”Mas, ¡por Alá!, que se os pondrá enfrente, descubrirá vuestras mañas ocultas y pondrá al mundo islámico sobre aviso de lo que sois.”

Así que hubo terminado de lanzarles estos y otros insultos por el estilo, le contestó uno de aquellos doctores, hombre de poco espíritu, diciéndole:

“—Ante Dios nos proponemos enmendarnos de todo eso que dice el Príncipe de los Creyentes y le rogamos que lo hecho quede anulado.”

A esto replicó el presidente de aquella comisión, Mohamed, hijo de Ibrahim, hijo de Hayuya (que era un sujeto impetuoso y esforzado), dirigiéndose al que acababa de hablar:

“—¿De qué nos vamos a enmendar? ¡Viejo malvado! Nosotros no participamos de tus propósitos de enmienda!”

Y, encarándose con el ministro, prosiguió:

“—¡Qué mensajero tan malvado eres, Ministro! Todo cuanto nos has atribuído, de parte del Príncipe de los Creyentes, es cabalmente aquello que se os atribuye con razón a vosotros, a las gentes que os empleáis en el servicio del Soberano. Vosotros, y nadie más, sois los que os coméis los bienes de las gentes, por procedimientos que la ley no autoriza y estimáis cosa lícita el atropellarlos contra toda justicia; los que saqueáis sus bienes en precio de vuestro soborno y vuestras prevaricaciones, y los que queréis los terrenos sin derecho. Y no es a nosotros a quienes así juzga la gente, pues no hay expresión de respeto que no se pronuncie en nuestro honor, a

no ser por ciertas personas de cuyos sentimientos piadosos cabe fundamentalmente sospechar. Nosotros somos la enseña que guía por el camino de la salvación; la antorcha que disipa las tinieblas del error. Por nosotros se halla el Islam a cubierto de todo ataque, se precisa netamente la distinción entre lo lícito y lo ilícito, y tienen las leyes su debida aplicación; por nosotros alcanzan las herencias su adecuado destino y las gentes hacen valer sus derechos; se evitan los derramamientos de sangre y se legitiman las uniones sexuales.

"Y si nuestro señor el Príncipe de los Creyentes se ha enojado contra nosotros por una cosa de la que no tenemos culpa alguna, y llevado de su enojo ha dicho lo que haya dicho, ¿por qué no has tenido la suficiente moderación para comunicarnos su mensaje en términos más tolerables que las insolencias que nos has dirigido? Y ¿cómo nos has puesto de manifiesto su disconformidad en términos que nos han obligado a contestar en la forma que procedía que contestáramos? Tú debías haber apaciguado al Sultán y no haber divulgado lo que privadamente sucediera ni habernos afrentado con lo que nos acabas de manifestar.

"Mas nosotros sabemos que el Príncipe de los Creyentes no perseverará en esa opinión que de nosotros ha formado ni cree que sean ésas verdaderamente nuestras cualidades, y que cambiará de modo de ver, en honor y dignificación nuestra. Porque si, en concepto suyo, fuéramos de la condición que tú nos has pintado (¡Dios nos libre de ello!), serían ilegales todos cuantos actos ha realizado o concertado desde el comienzo de su califato hasta el momento presente, puesto que para él no tiene fuerza legal ningún documento de guerra, ni de paz, de compra, de venta, de dote, de fundación, de donación, de emancipación ni de cualquier otro género que carezca de nuestra garantía. Así es como nosotros pensamos. ¡Que Dios te guarde!"

Y se levantaron, con ánimo de marcharse; mas antes de que llegaran a las puertas del palacio, salieron a llamarlos unos criados. Pasaron nuevamente al interior del palacio, donde fueron recibidos por los ministros con grandes muestras de respeto y de acatamiento a su alta dignidad y ofreciéndoles todo género de satisfacciones por lo ocurrido con su compañero. Terminaron diciéndoles:

"—El Príncipe de los Creyentes os pide que le dispenséis su violento arrebató de cólera y busca en el Señor un refugio contra el maldito Satanás y sus añagazas que lo han arrastrado a trataros duramente. Os hace saber que está arrepentido de lo que con él os ha pasado y que os juzga merecedores de las mayores consideracio-

nes y de que se respeten vuestros derechos, y ha ordenado que se os entregue a cada uno el donativo y el vestido que veréis, como prueba de lo complacido que de vosotros está.”

Hicieron oración por el Sultán, tomaron lo que había ordenado que se les diera y se marcharon triunfantes, sin que nada malo les hubiera ocurrido.

Por la traducción,

M. ALARCÓN.